

ENTRE MITOS, SONIDOS Y DANZA SE VIVE LA TRADICIÓN CURRIPACA



Culturas



Un buen, bonito y rico momento en la vida

La realización del presente catálogo, Entre mitos, sonidos y danza se vive la tradición curripaca, fue posible gracias al apoyo del **Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, mediante el Programa Nacional de Concertación Cultural, en el marco del Proyecto No. C8343-2026 "TALLER TEÓRICO - PRÁCTICO ENTRE MITOS, SONIDOS Y DANZA SE VIVE LA TRADICIÓN CURRIPACA"**. Esta publicación nace con el propósito de visibilizar y preservar los saberes tradicionales relacionados con la danza curripaca por parte de las comunidades indígenas del departamento de Guainía.

Este catálogo se ha hecho con el máximo respeto hacia el pueblo curripaco y sus mayores.

El **colectivo Yavi** fue el mayor aportante de estos conocimientos. Su palabra, su experiencia y su manera de enseñar hacen posible que estos saberes se conserven y se compartan.

Los nombres, tiempos, cantos, pasos y significados aquí descritos pertenecen a sus portadores, quienes deciden qué se comparte y qué se reserva.

INTRODUCCIÓN

Este catálogo digital cuenta, paso a paso, un taller donde los saberes del pueblo curripaco se transmiten como siempre: con la palabra, con las manos y con el cuerpo.

El recorrido comienza con el humo de la caraña y la palabra del mayor, sigue por la selva, donde se aprende a reconocer el árbol de taparrabo y el mabe, y pasa a las manos con la elaboración del traje y del yapurutu. Después llegan los primeros pasos de la danza y, de noche, la celebración junto al fuego, que es también una evaluación de lo aprendido.

Cada página es un relato, porque la oralidad es la memoria viva de las comunidades. Este documento busca conservar y compartir el conocimiento de los mayores, quienes deben validar su contenido y decidir qué se comparte y qué se reserva.

El humo que abre el círculo - Inicio del encuentro

Antes de que empiece el día, la gente llega al lugar del encuentro. Nadie habla fuerte. Se sientan en círculo, uno al lado del otro, porque en el círculo nadie queda adelante ni atrás, y todos tienen derecho a la palabra y a la escucha.

En el centro hay unas brasas. El mayor deja caer sobre ellas la caraña, el extracto del árbol que los mayores recogen del tronco y dejan secar. Al tocar el fuego, el aroma se levanta fuerte y dulce, y el humo comienza su camino alrededor del círculo, pasando frente a cada persona.

Así se hace en el pueblo indígena antes de toda ceremonia, reunión, encuentro o formación. El humo es medicina del espíritu: aleja el cansancio, el afán y los pensamientos pesados que cada uno trae del camino. También pide permiso y compañía al territorio y a los ancestros, y protege el espacio para que todo se haga en equilibrio.

Cuando el último hilo de humo se pierde, el silencio cambia: ya no es de espera, sino de atención. Entonces el mayor danzador da inicio a la actividad. Saluda, agradece y da sus palabras, y con ellas el encuentro queda abierto.



La selva, primera maestra

Terminadas las palabras del mayor danzador, el grupo no se queda en el círculo. Lo primero que se aprende en este taller no se aprende sentado: se aprende caminando hacia la selva. Antes de elaborar un traje o un instrumento, hay que saber de dónde viene cada cosa. Para el pueblo indígena, la selva es la primera maestra, y todo conocimiento empieza por conocerla.

El sabedor guía el recorrido. Va adelante, despacio, y se detiene donde el bosque tiene algo para enseñar. Aquí se aprende a identificar la materia prima: mirar el tronco, la forma de la corteza, la hoja, el olor, el lugar donde crece cada árbol. Lo que a ojos de un visitante es un monte parejo, para el sabedor es una despensa, una farmacia y un taller, y enseña a distinguir cada árbol de los demás.



La selva, primera maestra

Primero se llega al árbol de taparrabo. El sabedor lo muestra y explica que de su corteza se hace la vestimenta. Aquí el bosque se convierte en vestido: lo que hoy es corteza de un árbol vivo será mañana el traje con el que se danza. Se enseña a reconocerlo y también cómo se toma lo que se necesita, sin lastimar al árbol más de lo debido.

Luego se llega al mabe, el árbol de cuya madera se hacen los instrumentos. El sabedor enseña a reconocerlo y explica que, así como la corteza se vuelve vestido, esta madera se vuelve sonido. De esa misma selva saldrá la voz del yapurutu que acompañará la danza.



La selva, primera maestra

En cada parada el sabedor repite tres enseñanzas que valen más que la técnica:

Identificar: reconocer el árbol correcto entre muchos. No cualquier madera ni cualquier corteza sirve.

Respetar los tiempos: la naturaleza tiene su momento. Hay un tiempo para tomar y un tiempo para dejar descansar, y el sabedor sabe cuándo es cada uno.

Cuidar el entorno: se toma solo lo necesario, se pide permiso al árbol y al territorio, y se deja el lugar en equilibrio, como el humo lo pidió al comenzar el día.

Así se entiende que ningún traje ni instrumento nace de la nada. Quien aprende a reconocer el árbol, a esperar su tiempo y a tomar con respeto, ya empezó a aprender la danza, porque el vestido, el sonido y el movimiento tienen su origen en la selva.



De la corteza al traje

Ya se tiene listo el tronco del árbol de taparrabo. Los asistentes se reúnen alrededor y el sabedor empieza por lo primero: cómo se debe extraer la corteza de forma correcta. Explica dónde se corta, cómo se corta y qué se cuida para no dañar el tronco ni desperdiciar lo que el bosque entregó. Muestra también las herramientas que se van a usar y enseña a sostenerlas, porque en este saber cada herramienta tiene su manera de tomarse.

Con el tronco en las manos comienza el trabajo con el fuego. Se le dan vueltas sobre las llamas, con la idea de que el fuego toque todos los lados. No se trata de quemarlo, sino de curarlo: el calor hace que la corteza bote sus líquidos y quede lista para trabajarse. Así se deja durante unos 30 minutos, y mientras tanto el sabedor aprovecha para contar de dónde viene esa enseñanza y quiénes la practicaron antes. Los mayores saben que en este oficio el fuego es un maestro más, y que hay que aprender a leer sus tiempos.



De la corteza al traje



Pasados los 30 minutos, empieza el raspado. Se raspa el tronco hasta que ya no quede la cascarita quemada, hasta que la superficie esté limpia y pareja.



Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, mediante el Programa Nacional de Concertación Cultural, en el marco del Proyecto No. C8343-2026 "TALLER TEÓRICO - PRÁCTICO ENTRE MITOS, SONIDOS Y DANZA SE VIVE LA TRADICIÓN CURRIPACA

De la corteza al traje

Después viene el momento que más enseña: golpear el tronco por todos lados. Los golpes van estirando la corteza para que poco a poco se suelte con facilidad. Aquí el sabedor insiste en que esto es cuestión de paciencia: el golpe no puede ser ni tan suave ni tan duro. Si es muy suave, la corteza no cede, y si es muy fuerte, se daña. Cada persona encuentra su medida con las manos y con el oído, y aprende a sentir cuándo la corteza responde.



De la corteza al traje

Cuando la corteza por fin sale, se lava y se pone a secar. Es un tiempo de espera en el que nadie se apura, porque secar es parte del trabajo y no se puede saltar.



De la corteza al traje

Ya seca la corteza, empieza el diseño de los trajes. Primero se miden los cuerpos, pues cada traje se hace para quien lo va a vestir. Este es además un espacio de enseñanza: el sabedor explica las diferentes formas de hacer un traje, los diseños y los colores. Muestra que cada traje tiene su forma, que los diseños y los colores no son adornos sueltos sino parte del lenguaje del pueblo, y que cada uno guarda un sentido que se aprende escuchando a los mayores.



El yapurutu, la voz del pueblo



Con el traje en las manos, el taller da un paso más: ahora los participantes aprenden a crear el instrumento principal del pueblo curripaco, el yapurutu. No se aprende a usarlo ya hecho, sino a crearlo desde cero, desde el árbol hasta el sonido. Quien llega a este momento ya sabe de dónde viene la madera, porque la conoció en la selva junto al sabedor, y ahora aprende a convertirla en voz.

El yapurutu, la voz del pueblo

Primero lo hace el mayor, y todos miran. Él explica cómo se debe cortar la madera del mabe, en qué lugar, de qué manera y con qué cuidado, para que el árbol dé lo que el instrumento necesita y nada más. Explica también cómo se organizan los oficios: en este trabajo no todos hacen lo mismo ni al mismo tiempo, y cada persona cumple una tarea. Unos cortan, otros preparan, otros acompañan. Así se aprende que el yapurutu no es obra de un solo par de manos, sino de un trabajo organizado entre varios.



El yapurutu, la voz del pueblo



Un saber importante es el de la hembra y el macho. El mayor enseña cómo se cortan las piezas para tener la hembra y el macho, porque el yapurutu se hace en pareja y cada uno tiene su lugar y su sonido. Esta enseñanza muestra que el instrumento tiene su propio orden y que ese orden se respeta desde el primer corte.

Luego viene sacarle el interior. La madera cortada debe quedar hueca para que el aire la recorra y el sonido nazca. El mayor muestra cómo se hace con paciencia, sin apurar, porque lo que se retira de adentro define cómo va a sonar el instrumento. Enseña además las herramientas que se utilizan actualmente, y explica cómo el oficio se sirve de lo que hoy tiene el pueblo sin perder su manera de hacer ni su respeto por la madera.

El yapurutu, la voz del pueblo



Cuando el mayor termina su demostración, los participantes también desarrollan la actividad. Cada grupo pasa a la madera: cortan, se reparten los oficios como el mayor enseñó, y empiezan a vaciar el interior. El mayor camina entre ellos, corrige un gesto, indica una medida o repite una explicación. Nadie queda mirando, y cada participante pone sus manos en el instrumento.



El yapurutu, la voz del pueblo

Al terminar el trabajo, el yapurutu ya no es solo madera cortada. Es el resultado de haber conocido el árbol, respetado su tiempo y aprendido el oficio de los mayores. De esa madera saldrá la voz que acompañará la danza.



Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, mediante el Programa Nacional de Concertación Cultural, en el marco del Proyecto No. C8343-2026 "TALLER TEÓRICO - PRÁCTICO ENTRE MITOS, SONIDOS Y DANZA SE VIVE LA TRADICIÓN CURRIPACA

Los primeros pasos de la danza

Ya están hechos los trajes y los instrumentos. Ya se explicó de dónde viene cada cosa, qué árbol la entrega y qué respeto pide. Con todo ese conocimiento, el taller llega al paso que le da sentido a lo anterior: aprender los pasos para danzar el yapurutu. Hasta aquí el saber pasó por la palabra, por la selva y por las manos. Ahora pasa por el cuerpo.



Los primeros pasos de la danza

El abuelo es quien da los primeros pasos. Se pone al frente, sin prisa, y baila despacio para que todos lo vean. Luego explica cada paso: cómo se pone el pie, cómo se lleva el cuerpo y cómo se acompaña el sonido del instrumento. El abuelo no enseña solo el movimiento, sino también lo que ese movimiento carga: la memoria de los mayores, la historia del pueblo y la relación con la selva de donde salieron el traje y el instrumento. Por eso, en la danza, el cuerpo guarda lo que las palabras no alcanzan.



Los primeros pasos de la danza



Entonces los niños y los jóvenes empiezan a dar sus primeros pasos. Miran al abuelo, lo siguen y se equivocan, y el abuelo los corrige con paciencia. Así se aprende en el pueblo indígena: las generaciones bailan juntas. El mayor transmite, los jóvenes reciben y los niños crecen mirando. Es la forma en que el saber no se pierde, sino que pasa de abuelos a nietos, de un cuerpo a otro, y se mantiene vivo.

Los primeros pasos de la danza

El espacio es sagrado. Quien entra a bailar entra con respeto, con el traje que ayudó a hacer y con el instrumento que sacó del mabe. Lo que ocurre allí no es una presentación para mirar, sino un acto de memoria y de reverencia. El humo del inicio, la palabra del mayor, el árbol de la selva y la madera del instrumento están presentes en cada paso.



El círculo se cierra con el fuego

Después del aprendizaje llega el momento de cerrar. Los niños y los jóvenes ya conocieron la selva, sacaron la corteza y la madera, elaboraron su traje y su instrumento y dieron sus primeros pasos de danza. Ahora el pueblo se reúne para celebrar que ese conocimiento ya está en ellos. Pero la clausura es también una evaluación: no se mide con papel ni con preguntas, sino con la presencia, con el cuerpo y con la danza. Aquí se ve lo que realmente aprendieron.



El círculo se cierra con el fuego

La clausura empieza en la tarde-noche, cuando baja la luz y el día se aquieta. Es la hora en que la comunidad se junta para lo importante, y el ambiente se vuelve más íntimo y más profundo. Todos se reúnen en el espacio sagrado, el mismo donde se bailó por primera vez, y todos están presentes: los abuelos, los mayores, los padres, los jóvenes y los niños. Nadie falta, porque lo que se celebra es de toda la comunidad.



El círculo se cierra con el fuego

Como al principio, se inicia con el ahumado de caraña. El humo vuelve a recorrer el círculo, lleva el olor fuerte y dulce de la resina y vuelve a limpiar, armonizar y proteger. Así el taller cierra como abrió: con el mismo humo que pidió permiso al territorio y a los ancestros ahora da gracias por lo aprendido. El círculo que se abrió en la mañana del primer día se cierra, con otro tamaño, esta noche.



El círculo se cierra con el fuego

Luego el mayor da sus palabras. Habla de lo vivido, reconoce el esfuerzo de los que aprendieron y recuerda de dónde viene todo: la selva que entregó la corteza y la madera, los abuelos que enseñaron los pasos y los antepasados que ya lo hacían así. Con su palabra, la clausura queda abierta, y empieza la danza.

Entonces los participantes danzan con sus trajes. Visten la corteza que ellos mismos sacaron del árbol de taparrabo, llevan el yapurutu que tallaron de la madera del mabe y bailan los pasos que el abuelo les enseñó. En ese momento se ve todo junto: el mito, el material, el sonido y el cuerpo. Los más pequeños bailan al lado de los jóvenes, y los abuelos miran y corrigen con la mirada.



El círculo se cierra con el fuego



En medio del espacio está el fuego. Alrededor de él gira la danza y se reúne la comunidad. Su luz ilumina los trajes y los rostros, y su calor acompaña a quienes bailan, como acompañó el trabajo de la corteza. El fuego, que sirvió para curar el tronco, hoy sirve para alumbrar la fiesta del saber. Mientras el fuego arde, el conocimiento queda guardado en los cuerpos de los que danzan.

Así termina el recorrido. Se empezó con humo y palabra, se caminó por la selva, se trabajó con las manos y se aprendió con el cuerpo. Y se cierra con humo, palabra, danza y fuego, el mismo círculo que se abrió, ahora lleno de lo aprendido.

Todo lo que se vivió en este encuentro se aprendió de una sola manera: escuchando, mirando y haciendo. Nada estaba escrito. La palabra del mayor, la explicación del sabedor y los pasos del abuelo pasan de boca en boca y de cuerpo en cuerpo, y así han aprendido siempre las comunidades.

Por eso la oralidad y el aprendizaje práctico son fundamentales: la palabra guarda la memoria del pueblo y la práctica la mantiene viva. Lo que no se practica se olvida, y lo que se practica se hereda.

Conservar y seguir practicando estos conocimientos nos da sentido de pertenencia, nos da identidad y nos permite saber y compartir con nuestros mayores. Cada vez que alguien enciende la caraña, talla el yapurutu o da un paso de danza, el saber de los abuelos sigue vivo.



Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, mediante el Programa Nacional de Concertación Cultural, en el marco del Proyecto No. C8343-2026
"TALLER TEÓRICO - PRÁCTICO ENTRE MITOS, SONIDOS Y DANZA SE VIVE LA TRADICIÓN CURRIPACA